

Francois-Xavier Guerra, Annick Lampérière *et al.*

*Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos y FCE, 1998, 366 páginas

Ya desde su portada, el libro que nos ocupa se instala en el centro de la producción historiográfica reciente: por la temática que anuncia, la época que define y el autor que la encabeza.

Desde hace algo más de una década, la noción de “esfera pública”, en diversas variantes y con distintos tintes teóricos, ha logrado imponerse en el vocabulario político y académico contemporáneo. Ha sido la formulación de Jürgen Habermas la que ha despertado el interés mayor y las discusiones más acaloradas. Su libro, *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, publicado en alemán a principios de los años sesenta y en italiano y francés en la década siguiente, fue reeditado en los ochenta y traducido al español y más tarde al inglés, logrando a partir de entonces un impacto y una circulación mucho mayores que en el momento de su edición original. El concepto acuñado por Habermas ha alimentado el debate teórico e inspirado numerosos estudios políticos, históricos y sociológicos. La historiografía sobre América Latina no ha sido ajena a este movimiento, y una creciente producción utiliza –en general de manera bastante ecléctica– esa categoría teórica para explorar las relaciones entre sociedad civil y Estado en los procesos de formación de las naciones iberoamericanas. El momento elegido es el

del pasaje del Antiguo Régimen a la modernidad. Hasta hace no muchos años, buena parte de la historiografía interpretaba esa transición en términos de un desarrollo lineal y progresivo: la caída del imperio español, del absolutismo y del mercantilismo habrían dado lugar al ascenso del capitalismo, la adopción de los principios del liberalismo y la construcción de nuevas comunidades políticas, las naciones. Hoy, tanto el concepto de evolución lineal como la noción de un camino universal están fuertemente cuestionados. El siglo XIX ha adquirido una nueva densidad. Y las complejas transformaciones que tuvieron lugar en América entre fines del XVIII y el período revolucionario se consideran procesos complejos, multidimensionales, ricos en superposiciones y contradicciones.

François-Xavier Guerra ha contribuido decisivamente a la construcción de esta renovada visión de la historia iberoamericana. Su interpretación de las transformaciones políticas y culturales que experimentaron España y sus provincias americanas en esos años de gran agitación ha marcado la historiografía del período y ha inspirado numerosos estudios específicos sobre diferentes regiones. Su interés radica en ese “conjunto de mutaciones

múltiples en el campo de las ideas, del imaginario, de los valores, de los comportamientos” que fue produciéndose en Europa y América a lo largo del siglo XVIII, en paralelo con “la modernidad absolutista”.<sup>1</sup> Las nuevas formas, que Guerra define como “modernidad alternativa”, terminaron por imponerse en Hispanoamérica, pero en coexistencia con formas sociales y culturales de la vieja tradición pactista que habían sobrevivido a las reformas borbónicas y a los cambios revolucionarios. Desde este punto de partida Guerra ha ido definiendo un campo problemático original y complejo.

El libro que ahora encabeza se inscribe en ese mismo marco. La introducción anuncia la intención de estudiar “las mutaciones de la modernidad” en el terreno político con una “perspectiva comparativa” y tomando como eje “la noción habermasiana de espacio público” (pp. 6-7). Aunque esas metas, quizá demasiado ambiciosas, son sólo parcialmente alcanzadas, el volumen ofrece una perspectiva de análisis para estudiar la transición, un conjunto de trabajos de diferentes autores que responden a esa perspectiva, y

<sup>1</sup> François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias*, Madrid, Mapfre, 1992, p. 85.

una interpretación fuerte sobre los cambios políticos y culturales del pasaje a la modernidad.

Los trece capítulos-artículos del libro se encuentran agrupados en tres unidades principales dedicadas, respectivamente, al Antiguo Régimen, la etapa revolucionaria y las primeras décadas posrevolucionarias. La mayor parte de ellos están dedicados al estudio de casos específicos: Nueva Granada a fines de la colonia, la provincia de Venezuela en el período revolucionario, Mendoza en 1812, Lima para la misma época, Chile después de 1808, Río de Janeiro entre 1820 y 1840, Bogotá en las décadas de 1810 y 1820. Todos reconocen, sin embargo, una misma perspectiva teórica y metodológica, presente en cada artículo y a la vez desplegada con solidez en dos capítulos generales, uno sobre el Antiguo Régimen, a cargo de Jean-Frédéric Schaub, y otro sobre el tránsito de “la política antigua a la política moderna”, a cargo del mismo Guerra.<sup>2</sup>

El enfoque que hace tiempo viene desarrollando este último informa el conjunto de los trabajos. En este caso se aborda un aspecto particular del profundo, complejo y ambiguo cambio cultural que caracteriza el pasaje del Antiguo Régimen a la modernidad, el de “los espacios públicos”. Los autores de la introducción (Guerra y Lampérière) remiten a la categoría definida por Habermas, pero de inmediato toman distancia de ella. Por un lado, hacen una breve crítica teórica al planteo habermasiano, y por el otro se colocan fuera del campo teórico que entiende

a la esfera pública como “un espacio abstracto e inmaterial”, para dedicarse a los espacios públicos concretos, en plural (p. 10). La categoría pierde así buena parte de su especificidad y su densidad originales. Al mismo tiempo, su introducción permite a los autores definir un conjunto de problemas a los que dedican el grueso del libro: las distintas definiciones de lo público y lo privado, la significación y constitución de los públicos, las formas de publicidad y de opinión pública y las prácticas de lectura.

Estas dimensiones son analizadas e interpretadas en clave cultural. El énfasis está puesto en dilucidar el significado de los diferentes conceptos y sus cambios a lo largo del período estudiado, tanto en el plano de las ideas sistemáticas como en el de las percepciones de los diferentes actores, y en describir las prácticas culturales cuya transformación se considera un aspecto decisivo del tránsito hacia la modernidad. En este sentido, el libro también se aleja del planteo de Habermas. Mientras éste ubica el surgimiento de una esfera pública burguesa en el seno de un proceso estructural de cambio social, los autores de este volumen encuentran en la dimensión cultural el principio explicativo de “las mutaciones de la modernidad”.

La significación del público y de lo público constituye un eje central que atraviesa buena parte de los artículos y es, además, el tema central de algunos de ellos. Jean-Frédéric Schaub y Annick Lampérière trabajan sobre esas nociones en el marco de las sociedades de Antiguo Régimen, para

destacar las discontinuidades entre aquéllas y lo que vino después, producto de una verdadera ruptura política y cultural. Según la atractiva formulación de Schaub, en el siglo XIX, “la república dejó de significar la sociedad y su constitución para simbolizar el advenimiento de un público teóricamente separado del juego social. La república corporativa de la Europa del Antiguo Régimen desapareció. Nacían las repúblicas nacionales” (p. 53).

Guerra, por su parte, amplía el punto de mira para abordar el problema del tránsito de “la política antigua a la política moderna” (primer capítulo de la segunda parte), a partir de una reflexión en torno al concepto de soberanía. Presenta una visión sintética de las formas políticas de Antiguo Régimen, de las transformaciones que experimenta la noción teórica de soberanía a partir del siglo XVII y del éxito de la política moderna a partir de las revoluciones francesa e hispánica, que “supone el triunfo [...] de una serie de figuras abstractas –nación, pueblo, soberanía, representación, opinión– que contrastan con el carácter mucho más concreto de los actores de la política antigua...” (p. 131). Este texto resume bien la interpretación más general de Guerra sobre la transición, que está presente en sus trabajos anteriores y que,

<sup>2</sup> Los autores de los distintos capítulos son, con muy pocas excepciones, historiadores franceses o que han estudiado en Francia, especialmente en la Sorbona, donde Guerra se desempeña como catedrático.

como dijimos, subtiende a casi todos los artículos de este volumen.

La mayor parte de ellos se concentra en la historia de las prácticas de lectura, las formas de publicidad y la opinión pública en el período revolucionario e inmediatamente posterior. Los artículos resumen investigaciones originales que se refieren a lugares y coyunturas específicas e introducen los matices particulares a la interpretación global que destaca los signos del tránsito hacia la modernidad a la vez que señala la persistencia de las antiguas formas culturales. En el caso de los países americanos, ese tránsito, en lugar de resultar de un cambio paulatino como en Europa (“donde la Ilustración había aportado ya cambios profundos al lenguaje y a los imaginarios”, p. 11), habría sido forzado por las revoluciones, generando en consecuencia fenómenos muy complejos de superposición y ambigüedad.

El pasaje a la modernidad política está marcado por el juego y la yuxtaposición de tres universos conceptuales –que

informan a los imaginarios sociales–: las ideas pactistas, las de la modernidad absolutista y las nuevas ideas liberales. En cambio, en el libro no hay referencia alguna a la recuperación “moderna” del republicanismo clásico, que tuvo manifestaciones importantes en el contexto de las revoluciones francesa y norteamericana y que sin duda repercutió en el sur. Schaub desarrolla el tema pero en clave de Antiguo Régimen. En varios de los otros artículos, por su parte, se destaca la vigencia de algunos motivos, como el ideal de unanimidad de la opinión o de la búsqueda del bien común, que los autores interpretan como pervivencias de la tradición pactista opuestas al liberalismo. Ecos republicanos “modernos” resuenan, sin embargo, en esas formulaciones, por lo que sería interesante preguntarse por la influencia de esa vertiente de ideas en la transición iberoamericana y por sus conexiones con las más tradicionales versiones hispánicas de república.

No es posible en pocos párrafos hacer justicia a la

variedad y riqueza de los artículos de este volumen. En conjunto indagan en situaciones muy diversas, pero la unidad de enfoque los lleva a resaltar las ideas, procesos y prácticas que son comunes a los distintos contextos y a descuidar las excepciones y los contrastes. Al mismo tiempo, esa unidad otorga al libro un singular atractivo, en la medida en que permite conectar historias diferentes en un marco general que les da sentido. Ese marco ha enriquecido notablemente nuestras visiones sobre la transición. Al enfatizar la ruptura cultural entre Antiguo Régimen y modernidad, pero al mismo tiempo señalar las ambigüedades y superposiciones del cambio y mostrar las supervivencias en las prácticas concretas ha hecho visibles dimensiones que, como las que aborda este libro, hasta hace poco permanecían ignoradas en la historia de Iberoamérica.

*Hilda Sabato*  
UBA / CONICET